



DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL SR. D. JUAN DONOSO CORTÉS,

AL TOMAR ASIENTO EN LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA EN
LA SESIÓN DEL 16 DE MARZO DE 1848.

SEÑORES :

52.824
81.491

Llamado por vuestra eleccion á llenar el vacio que ha dejado en esta Academia un varon ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿ qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente y de esta nobilísima asamblea quien, como yo, es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave me ha parecido conveniente escojer para tema de mi discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atencion os fuerce á apartar de mí vuestros ojos para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo, que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados es-

trella del Oriente, á donde han ido á beber su divina inspiracion todos los grandes poetas de las rejiones occidentales del mundo, y en la cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobre-humanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus jemidos; en él vió Dante sus terríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta Sorrento los espléndidos resplandores de su canto. Sin él Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño, ni hubiera podido decir á las jentes lá tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro fray Luis de Leon á ser sencillamente sublime? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones llenas de pompa y majestad y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados y sobre la ruina de los imperios como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderon á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid

la Biblia con la imaginacion y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al ménos de sus destellos mas sublimes, de sus mas espléndidos atavios, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿ Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresion de la Biblia quedarian todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte ? Porque en la Biblia estan escritos los anales del cielo, de la tierra y del jénero humano: en ella como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera pájina se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última pajina el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitacion de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno funebre y aquel idilio véñse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las jeneraciones, y uno en pos de otro todos los pueblos. Las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus majistrados; las monarquias con sus reyes; y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominacion, Ninive con su pompa, Ménfis con su sacerdocio, Jerusalem con sus profetas y su templo, Atenas con sus artes y con sus heroes, Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme

sino Dios: todo lo demas pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan ó se predicen todas las catástrofes, y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementes, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elejías. ¿Quién volverá á jemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano escelsa que le oprime hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse, como se lamentaba Jeremías, en torno de Jerusalem, abandonada de Dios y de las jentes? ¿Quién sera lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiracion, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elejías y de todas las lamentaciones, contiene tambien el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraon y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la amazona de los hombres, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subian al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas con el delgado perfume de las rosas de Jérico y con el aroma del incienso del Oriente? Si buskais modelos de la poesia lirica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de

David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavisimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las armonías anjelicas, ó con el arpa de Salomon, el rey sabio y felicísimo que puso la sabiduría; en sentencias y próverbios y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejes, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos trasportes y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesia bucólica, ¿en dónde los hallareis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado, cuando la mujer, y la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el simbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Donde hallareis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspirada de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inestinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodijioso aquel, señores, en que el jénero humano comenzó á leer treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los dias, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabádo su lectura. Libro prodijioso aquel, en que se calcula todo ántes de haberse inventado la ciencia de los cálculos: en que sin estudios lingüísticos se da noticia del oríjen de las lenguas: en que sin estudios astronómicos se computan las revoluciones de los ástros: en que sin documentos históricos se cuenta la historia: en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodijio-

esos aquel que lo ve todo y lo sabe todo : que sabe los pensamientos que se levantan en el corazon del hombre y los que estan presentes en la mente de Dios: que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra: que cuenta ó predice todas las catástrofes de las jentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, señores, cuan libre y estendido campo se abre aquí á las investigaciones de los hombres. Obligado empero, por la índole esclusivamente literaria de esta ilustre asamblea á considerar á la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nacion digna de perdurable memoria, me limitaré á indicar algo de lo mucho que podria indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para esplicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura.

Tres sentimientos hay en el hombre poeticos por excelencia : el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor á la patria : el sentimiento relijioso, el humano y el político : por eso alli donde es oscura la noticia de Dios ; donde se cubre con un velo el rostro de la mujer, y donde son cautivas ó siervas las naciones, la poesia es á manera de llama que, falta de alimento, se consume y desfallece. Por el contrario, alli donde Dios brilla en su trono con toda la majestad de su gloria; allí donde impera la mujer con el irresistible poder de sus encantos ; alli donde el pueblo es libre,

la poesia tiene púdicas rosas para la mujer, gloriosas palmas para las naciones, alas espléndidas para encumbrarse a las rejiones altísimas del cielo.

De todos los pueblos que caen al otro lado de la Cruz, el hebreo es el único que tuvo una noticia cierta de Dios: él solo que adivinó la dignidad de la mujer, y el único que puso siempre á salvo su libertad en los grandes azares de su ecsistencia borrascosa. Y si no, volved los ojos al Oriente, al Occidente, al Septentrion y al Mediodia, y no encontraréis ni á la mujer, ni á Dios, ni al pueblo en cuanto baña el sol, y en cuanto se estiende el mar, y en cuanto se dilatan los términos de la tierra. Bajo el punto de vista religioso todas las naciones eran idólatras, maniqueas ó panteistas. La noticia de un Dios consustancial con el mundo, esparcida entre todas las jentes en las primitivas edades, tuvo su origen en las rejiones indostánicas. La ecsistencia de un Dios, principio de todo bien, y de otro, principio de todo mal, haciéndole oposicion y contraste, fué invencion de los sacerdotes persas, y las repúblicas griegas fueron el ejemplar de las naciones idólatras; El Dios de Indostan estaba condenado á un eterno reposo. el de los persas á una impotencia absoluta, y los dioses griegos eran hombres.

Por lo que hace á la mujer estaba condenada en todas las zonas del mundo al ostracismo político y civil y á la servidumbre doméstica. ¿Quién reconoceria en esa esclava con la frente inclinada bajo el peso de una maldicion tremenda y misteriosa á la mas bella, á la mas suave, á la mas delicada criatura de la creacion, en cuyo divino rostro se retrata Dios, se reflejan los cielos y se miran los ángeles? Por último, señores, si buscaís un pueblo libre, un pueblo que tenga noticia de la dignidad humana; no encontrareis

ninguno en todos los ámbitos de la tierra que se eleve á tan grande majestad y que se levante á tanta altura. En vano lo buscareis en aquellos imperios portentosos del Asia que cayendo con estrépito unos sobre otros vinieron todos al suelo con espantosa ruina. En vano le buscareis en la tierra de los Faraones, donde se levantan aquellos gigantes. cos sepulcros, cuyos cimientos se amasaron con el sudor y con la sangre de naciones vencidas y sujetas, y que publican con elocuencia muda y aterradora que aquellas vastas soledades fueron asiento un dia de jeneraciones esclavas. Y si apartando los ojos de las rejiones orientales los volveis á las partes de Occidente; ¿qué veis en las repúblicas griegas sino aristócracias orgullosas y tiránicas oligarquias? ¿Que otra cosa viene á ser Esparta, silla del imperio de la raza dórica, sino una ciudad oriental dominada por sus conquistadores? ¿Y qué viene á ser Atenas, la heroica, la democrática, la culta patria de los dioses y de los héroes, sino una ciudad habitada por un pueblo esclavo y por una aristócracia fiera y desvanecida, que no se llamó á sí propia pueblo sino porque el pueblo no era nada?

Vengamos ahora á la nacion hebrea y antes de todo hablemos de su dios, por que su nombre está escrito con caracteres imperecederos en todas las páginas de su historia. Su nombre es Jehová, su naturaleza espiritual, su inteligencia infinita, su libertad completa, su independencia absoluta, su voluntad omnipotente. La creacion fué un acto de esa voluntad independiente y soberana. Cuanto creó con su poder se mantiene con su providencia. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su eje, al mar en su cauce. Las jentes se olvidaron de su nombre y él retiró su mano de las jentes, y la inteligencia humana se vió envuelta de súbito en una eterna noche, y

entonces eligió un pueblo entre todos y le llamó hacia sí, y le abrió el entendimiento para que entendiera, y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vías, y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias, y ejecutó el cargo de ser el instrumento de sus inescrutables designios, y fué la luz de la tierra.

Unico entre todos los pueblos, escojido y gobernado por Dios, el pueblo hebreo es tambien el único cuya historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová que le habla con la voz de sus profetas y con la de sus sacerdotes; y á quién responde en cánticos de adoracion que están resonando siempre en las cuerdas de su lira. Los cánticos hebreos recibieron de la unidad majestuosa de su Dios su limpia sencillez su noble majestad y su incomparable belleza. ¿Qué viene á ser la sencillez de los griegos, milagro del artificio, cuando se ponen los ojos en la sencillez hebraica, en la sencillez del pueblo predestinado que vió en el cielo un solo Dios, en la humanidad un solo hombre, y en la tierra un solo templo? ¿Cómo no habia de ser maravillosamente sencillo un pueblo para quién toda la sabiduria estaba en una sola palabra que la tierra pronunciaba con la voz de sus huracanes, el mar con la ronca voz de sus magnificos estruendos, las aves con la voz de su canto, los vientos con la voz de sus jemidos?

Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negacion de sí mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo todo lo que tiene movimiento y vida es rastro y huella de su majestad omnipotente, que resplandece así

en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promision, y le promete que de su raza vendria aquel que anunció en el paraíso en los tiempos adámicos por redentor del mundo y por rey y señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa, que coresponde á la de los patriarcas. Apartado de los caminos del Señor levanta los ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatras, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la ciudad santa, y su propia dispersion por todos los ámbitos de la tierra. Esta es la época de amenaza. Por último, llega la hora de la plenitud de los tiempos, y aparece en el horizonte la estrella de Jacob y se consuma el sacrificio cruento del Calvario; y el templo cae, y Jerusalem se desploma, y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

Ya lo veis, señores: la historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa, la oyó Abraham y la oyeron todos los patriarcas: la amenaza la oyó Moisés y la oyeron los profetas: la catástrofe, todos la presenciarnos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo esta el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpétua de las jentes: vivo está el pueblo desventurado que puso una mano arida y ciega en el rostro de su Dios, que, peregrino por el mundo, va contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda que la espli-

cacion de su historia está en la palabra divina, no es ménos evidente que hay una correspondencia admirable entre las visicitudes de su poesia y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios una promesa: su primer periodo histórico el patriarcado, y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios y á Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesia hebráica en aquellos tiempos primitivos era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre: siendo los mensajeros de estas paces; por parte del hombre su profunda adoracion; por parte de la divinidad, su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesia bíblica que corresponde á este periodo. El patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Mas bien que el varon incorruptible y justo, es el niño sin mancha de pecado: por eso oye á menudo aquella habla suavísima y dolorosa con que Dios le llama hácia sí: por eso recibe visitas de los ángeles. Mas bien que el hombre recto que anda gozoso por las vias del Señor, es el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los patriarcas eran entónces, como los apóstóles han sido despues, la sal de la tierra. En vano buscaréis por el mundo en aquellos remotísimos tiempos al hombre pobre de espiritu, rico de fe, manso y sencillo de corazon, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraon; el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilla sus

santas costumbres con las abominaciones egipciacas: dióse entónces a supersticiones y agueros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancole de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el mas grande entre los profetas de Israel y el mas grande entre los hijos de los hombres. Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las jentes y asentado su dominacion en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés que haya fundado un señorío incontrastable con sola la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma, llevaron por el mundo la desolacion y la muerte, y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjias y echaron los cimientos de su poder ayudados de fuertísimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado en un gigantesco motin por 600,000 rebeldes y con esos 600,000 rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los lejisladores han sido hijos por su inteligencia de otros lejisladores y de mas antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilizacion dórica: Solon representante de la cultura intelectual de los pueblos Jonios: Numa Pompilio representa la civilizacion etrusca: Platon descende de Pitágoras; Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores. Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban opri-

midos por reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros; Moisés declara que su pueblo solo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el misterio de la paternidad; los tribus por el misterio de los ancianos: las cosas sagradas por el ministerio de los sacerdotes; los éjércitos por el ministerio de sus capitanes, y la república toda por su omnipotente palabra que los angeles del cielo ponen en el oído de Moisés, en las humeantes cimas de los montes, que turbandóse con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios cambia de súbito el semblante de su pueblo, y la poesia hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido de Padre que era en Señor; el pueblo de hijo que era en esclavo; Dios le quita la libertad en castigo de sus prevaricaciones y en premio de su rescate. “Yo soy vuestro Dios y vosotros sois mi pueblo,” habia dicho Jehová á los santos patriarcas; “yo soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los faraones:” esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde. Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres; los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias; la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubrementemente con amenazas fatídicas y con sorpresas imprecaciones. Todo es allí sombrío; el desierto con

su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodijios.

La musa de Israel amenaza como Dios y jime como el pueblo. Su pecho que hierve como un volcan, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas; sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto: hoy compone su rostro con la majestad epica; mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco despues parece una bacante en su desórden lirico; ya se ciñe palmas y canta la victoria, ya se inunda de llanto y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moisés, que es el mas grande de todos los filósofos, el mas grande de todos los fundadores de imperios, es tambien el mas grande de todos los poetas. Homero canta las jenealogías griegas; Moisés las jenealogías del jénero humano; Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo; Homero nos háce asistir al choque violento de la Europa y del Asia; Moisés nos pone delante las maravillas de la creacion; Homero canta á Aquiles; Moisés á Jehová; Homero desfigura á los hombres y á los dioses; sus hombres son divinos y sus dioses humanos. Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió mas alta que las cumbres del Olimpo, ni voló mas allá de los griegos horizontes. El águila de Sinaí subio hasta el trono resplandeciente de Dios y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica todo es griego: griego es el poeta, griegos son sus dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica todo es local y jeneral á un tiempo mismo. El Dios de Israel

es el Dios de todas las jentes, el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica, entre homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehova, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, señores, para los que como nosotros comprenden la incomensurable distancia que hay entre la divinidad jentílica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos jentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa recóndita y oculta; éralo en tiempos pasados, cuando todas las jentes andaban en tinieblas, y cuando la naturaleza del hombre y la de Dios eran secretos á todos los sabios escondidos. Pero como quiera que no podeis tener por ocioso y por fuera de sazón que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus ráyos sobre tan ardua y tan importante materia, bueno será que haga una estación aquí para llamar vuestra atención hácia la distancia que hay entre la mujer hebrea y la jentílica, y hácia los diversos encargos que les dieron esas jentes en los domésticos hogares.

Y no estrañéis, señores, que inmediatamente despues de haberos hablado de Dios os hable de la muger. Cuando Dios, enamorado del hombre, su mas perfecta criatura, determinó hacerle el primer don, le dió en su amor infinito á la muger para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el Señor y la mujer el ángel del paraíso. Cuando la muger cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados para que vivieran juntos: juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pié lleno

de temblor, el corazon de tristeza y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grándes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardin que para él habia dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia quiso dejarle algo que le recordara el suave perfume de aquellas moradas anjélicas, y le dejó á la mujer, para que al poner en ella sus ojos pensara en el paraíso.

Antes que saliera del eden Dios prometió á la mujer que de sus entrañas naceria, andando el tiempo, el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias, juntó el castigo con la promesa y el dolor con la esperanza. Conservose completa esta tradicion primitiva, segun la cual la mujer era dos veces santa, con la santidad de la promesa y con la santidad del infortunio, entre los descendientes de Seth que merecieron ser llamados hijos de Dios: alterose empero notablemente entre los hijos de Cain que por su mala vida y estragadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres; los primeros respetaron á la mujer, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble, que el mismo Dios habia formado en el cielo: los segundos la envilecieron y degradaron instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial, siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mujeres. Con estos malos principios fueron los hombres á dar en grandes estragos, hasta que jeneralizada la corrupcion se hizo necesaria la intervencion divina y la subsi-

guiente desaparicion de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio. Aplacado el rostro de Dios volvió á poblarse la tierra, conservando empero para perpetua enseñanza de los hombres claros testimonios de sus iras; dispersáronse los hombres por todas sus zonas y se levantaron por todas partes grandes imperios compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entonces, como en los tiempos antidiluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios, y otros que se llamaron hijos de los hombres; fueron los primeros los descendientes de Abraham, de Isac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de los hebreos; fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradicion de la mujer, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa sino la causa de todos los males que aflijen al jénero humano; borrada por otra parte casi de todo punto la tradicion del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la mujer habia nacido para ser la compañera del hombre, y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeren, como sus ascendientes antidiluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso la dieron, cuando así cumplia á sus antojos livianos, libelo de repudio instituyendo el divorcio, que es la disolucion de la sociedad doméstica, fundamento perpetuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que permaneciera perpetuamente en su poder, como una víctima á quien la sociedad pone en manos del sacrificador ó debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para explicar por qué el amor, que es para nosotros el mas delicioso de todos los placeres y el mas puro de todos los consuelos, era considerado por los jentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la mujer tenia algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilejio toda especie de union entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpétuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, sintoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Elena la adúltera pierde á Troya y al Asia; el amor de una esclava siendo causa del ócio insolente y desdeñoso de Aquiles pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la mujer era presajio de tremendas desventuras; la honestidad de las mujeres latinas puso el hierro en las manos romanas y por dos veces produjo la completa perturbacion del Estado. Las catástrofes domesticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazon de Dido y arde en llamas impuras, y se consume en los incendios de una combustion espontánea. Fedra es visitada por el dios, y se siente desfallecer como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y un corrosivo vitriolo. Vosotros que os agradaís en las emociones de los trájicos griegos, no os dejéis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis están en manos de las Euménides: huid de ellos, que estan señalados con la señal de la cólera de los dioses y están tocados de la peste.

La mujer hebrea era por el contrario una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradicion

bíblica y sabedores del fin para que la mujer fué criada, la levantaron hasta sí, amándola como compañera suya, y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la mujer el templo en donde habia de habitar el Redentor de todo el jénero humano. No fué á la verdad el matrimonio entre la jente hebrea un sacramento, como lo habia sido antes en el paraíso, y como habia de serlo en adelante cuando el anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos: fué sin embargo una institucion grandemente religiosa y sagrada, al reves de lo que era en las naciones jentílicas. Las bodas se celebraban al compas de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia las bendiciones del cielo: con estas solemnidades y estos ritos se celebraron las bodas de Rebeca con Isac, de Ruth con Booz y de Sara con Tobías. El gran lejislador del pueblo hebreo habia permitido la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo cuando tan hondas raices habian echado en el mundo, y sobre todo en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la jente hebrea como entre los pueblos jentiles, ni produjeron alli la disolucion de la sociedad doméstica, neutralizadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas: por lo que hace á la esclavitud de la mujer fué cosa desconocida en el pueblo de Dios: como quiera que la esclavitud no se acomoda con aquella alta prerogativa de ser madre del Redentor, otorgada á la mujer desde los tiempos adámicos.

Las tradiciones bíblicas que fueron causa de la libertad de la mujer, fueron al mismo tiempo ocasion de la libertad de los hijos: los de los jentiles caian en el poder de sus padres, los cuales tenian sobre ellos el mismo derecho

que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios y uno de ellos habia de ser el salvador de los hombres. De aqui el santo respeto y tiernísimo amor de los hebreos á sus hijos, igual al que tenian á sus mujeres: de aqui el esquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habian llevado en sus entrañas: siendo tan universal esta costumbre, que solo se sabe de Joas, rey de Judá, de Mifiboseth y de Rebeca, que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres. De aquí las bendiciones que descendian de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas: *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la Sagrada Escritura. Dios habia prometido á Abraham una posteridad numerosa, y esa promesa era considerada por los hebreos como una de las mas insignes mercedes: de aquí la esmerada solicitud de sus lejisladores por los crecimientos de la poblacion; cosa advertida ya por Tácito, que hablando del pueblo hebreo observa lo siguiente: *Augendæ tamen multitudinì consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas*.

Si poneis ahora la consideracion en la distancia que hay entre la familia jentílica y la hebrea, echaréis luego de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo: la familia jentílica se compone de un señor y de sus esclavos: la hebrea del padre, de la mujer y de sus hijos: entran como elementos constitutivos de la primera, deberes y derechos absolutos: entran á constituir la segunda, deberes y derechos limitados. La familia jentílica descansa en la servidumbre: la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido: la segunda de un recuerdo: el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones: prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende.

Ahora se comprenderá fácilmente porque la mujer hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro; y por qué el amor hebreo, á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrid los libros de los profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros ó risueños ó pavorosos con que daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba deshaciendose el nublado ó que la ira de Dios estaba cerca, hallaréis siempre en primer término á las virgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ahora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angelicos cantares, ahora inclinen bajo el peso del dolor las cándidas azúceñas de sus frentes. Si reunidas en coros en las plazas públicas ó en el templo del Señor cantaban ó se movian en concertadas cadencias al compás de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sion parecian bajadas del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los miseros hebreos atados al carro del vencedor pisaron la tierra de su servidumbre, pesoles más de la pérdida de su vista que de la de su libertad; sin ellas érales el sol odioso, el dia oscuro, el canto triste, y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto, y por falta de fuerzas sus jémidos, cerraron sus ojos á la luz y colgaron sus inútiles arpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos con fiar á la mujer el blando cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriósa el pendon de las batallas y el gobierno del estado. La ilustre Débora gobernó la república en calidad de juez supremo de la nacion, como jeneral de los ejércitos peleó y ganó batallas san-

grientas, como poeta celebró los triunfos de Israel y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestría la lira, el cetro y la espada. En tiempo de los reyes la viuda de Alejandro Janeo tuvo el cetro diez años: la madre del rey Asa le gobernó en nombre de su hijo, y la mujer de Hircano Macabeo fué designada por este principe para gobernar el Estado despues de sus dias. Hasta el espíritu de Dios que se comunicaba á pocos descendió tambien sobre la mujer abriéndole los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profecía, y los reyes se acercaban á ella sobresaltados de un gran temor, contritos y recelosos, para saber de sus lábios lo que en el libro de la Providencia estaba escrito de su imperio. La mujer entre los hebreos, ahora gobernase la familia, ahora dirijiera el Estado, ahora hablara en nombre de Dios, ahora por último avasallara los corazones, cautivos de sus encantos, era un ser benéfico que ya participaba tanto de la naturaleza anjélica como de la naturaleza humana. Leed sino el cantar de los cantares, y decidme si aquel amor suavísimo y delicado; si aquella esposa vestida de olorosas y cándidas azucenas; si aquellos deliquios inocentes y aquellos súbitos arrobamientos, y aquellos deleitosos jardines, no son mas bien que cosas vistas, oídas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños, en una vision del paraíso.

Y sin embargo, señores, para conocer á la mujer por esclencia; para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesia hebráica que hasta ahora han

deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestras sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir mas allá y subir mas alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa: para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer es necesario subir hasta el trono resplandeciente de Maria. Maria es una criatura aparte, mas bella por si sola que toda la creacion: el hombre es digno de tocar sus blancas vestiduras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura escede á la nieve que se cuaja en las montañas: su rosicler al rosicler de los cielos: su esplendor al esplendor de las estrellas. Maria es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios: pero la mujer se adelanta y le deslustra y le vence, porque Maria tiene nombres mas dulces y atributos mas altos. El padre la llama hija y la envía embajadores: el Espíritu-Santo la llama esposa y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama madre y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su corte: los cielos la llaman la Reina: los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la mujer, señores: ved ahí la mujer: porque Dios en Maria las ha santificado á todas; á las Vírgenes: porque ella fué virgen; á las esposas porque ella fué esposa: á las viudas por que ella fué viuda: á las hijas por que ella fué hija: á las madres por que ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el

mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra: ha destruido la esclavitud: ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la mas portentosa de todas sus maravillas, la que mas hondamente ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuento, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto, porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo: y cuando hubo llegado el dia tremendo en que se nubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre la arrepentida pecadora, para darnos asi á entender que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Ya hemos visto de que manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia completa ó desfigurada de la divinidad y de la mujer sirven hasta cierto punto para ponernos de manifesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesia bíblica y la de los pueblos jentiles. Solo nos falta ahora para dar fin á este discurso, que va creciendo demasiado, poner á vuestra vista como de relieve la inmensurable distancia que hay entre las constituciones políticas de los pueblos mas cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesia jentilica y de la hebraica.

Ya he manifestado antes, y confirmo ahora mi primera manifestacion, que las fuentes de toda poesia grande y

elevada son el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor al pueblo: de tal manera, que la poesia pierde las alas con que vuela allí donde los poetas no pueden beber la inspiracion en esos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes: para que ecsistan esos fecundísimos amores una cosa es necesaria. que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la mujer con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades y todas sus magnificencias; por esta razon allí donde se dá el nombre de Dios á la criatura, de mujer á una esclava, de pueblo á una aristocracia opresora puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesia con toda su pompa y magestad no ecsiste, porque no ecsisten esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la noción del pueblo es el resultado de estas dos nociones: la de la asociacion y la de la fraternidad. ¿Sabeis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociacion de hermanos: y ved porque la noción del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De donde se sigue que el pueblo no ha podido ecsistir ni ha ecsistido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la jente hebrea, por Jesus cristo á todas las jentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociacion de hermanos, sino una verdadera aristocracia, ó lo que es lo mismo, una asociacion de señores.

Esto esplica por qué entre los griegos la poesia es eminentemente aristocrática. Homero canta á los reyes y á los dioses: nos dice sus jenealijias: nos cuenta sus aventuras: nos describe sus guerras: celebra su nacimiento y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amo-

res, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debían caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de rejia estirpe y de notabilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico si los fraticidas no se llamaban *Eteocle* y *Polinice* y si la sangre no manchaba los mármoles del trono. El incesto no era digno del coturno si la mujer incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta y si el horrendo crimen no manchaba el tálamo de los reyes. Por donde se vé que entre los griegos no habia asuntos trágicos, sino personas trágicas; y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo jemido que la humanidad deja escaparse de sus lábios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubrememente en los réjios alcázares cuando los dioses querían dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de reyes; desciende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto todos son libres: sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra entre los antiguos que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular, y les concedió derecho de elejir sus propios majistrados, que, en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de

mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el imperio igual de la justicia. Desconocíanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribución de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonia de todas las fuerzas sociales puestas como en equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venia á establecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus majistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les habia dado Dios por su profeta, sin la ilegítima intervencion de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno instituyendo la monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana. Este cambio sin embargo tuvo menos de real que de aparente, como quiera que el rey no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso el pueblo es la persona trágica por excelencia en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza, el pueblo es el que acepta y sanciona la ley: el pueblo es el que rompe en tumulto y rebeliones; el que levanta ídolos y los adora; el que quita jueces y pone reyes; el que se entrega á supersticiones y agueros; el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus profetas; el que ya los levanta sobre todas las majistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos; el que magnifica al Dios de Israel y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios: el que puesto en el trance de escojer entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su

voluntad soberana renuncia á sus misericordias y va delante de sus iras. En Israel no hay mas que el pueblo: el pueblo lo llena todo: al pueblo habla Dios: al pueblo habla Moisés: del pueblo hablan los profetas: al pueblo sirven los sacerdotes: al pueblo sirven los reyes: hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la monarquia duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomon príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos, y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israel con imperio templado y justo: y su prosperidad pasaba delante de sus deseos: fué el último visitado por los reyes del Oriente: levantó el templo del Señor sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados: la fama de su magnificencia y de sabiduria mas que humana se extendió por todas las jentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despenarse la majestad del imperio sin que nunca mas tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus, y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguieronse de aqui grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Dos reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se habia olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes profetas para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra, y sacaron de su profundo olvido y hondo letar-

go a los reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos, y á aquellas barbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamas en ningun pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institucion tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios. Aténas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendian los intereses populares; como los oradores, proponian lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un profeta era mas que Homero, mas que Demóstenes, mas que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que mensajero de Dios tenia el encargo de poner su palabra en el oido del pueblo en el oido de los sacerdotes y en el oido de los reyes. Por eso los profetas amenazaban, imprecaban, maldecian; por eso dejaban escaparse de sus pechos poderosas, tremendas, aquellas voces de temor y de espanto que se oian en Jerusalem cuando venia sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban siempre ántes de hablar los semblantes de los principes. Los oradores y los tribunos de Aténas y de Roma tenian puestos los ojos antes de soltar los torrentes de su elocuencia en los semblantes del pueblo: los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos solo á lo que Dios les decia interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los principes, que habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios, no te-

mian ponerla en el rostro augusto de sus profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignacion y bramido popular, creciendo su constancia al compas de la persecucion y al compas de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos; por eso, en fin, casi todos ó entregaron sus gargantas al cuchillo ó buscaron en tierras estrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo mas bello que el de los profetas del pueblo de Dios luchando armados con el solo ministerio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no se si ha habido en el mundo poetas mas altos, oradores mas elocuentes, hombres mas grandes, mas santos y mas libres; nada faltó á su gloria: ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso hagamos todos aquí una estacion: recojamos el espiritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sofocles escribió una de las mas bellas tragedias del mundo que intituló *Edipo Rey*: esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los mas bellos ingenios, y á nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese titulo una de las tragedias que mas honran nuestra literatura clasica.

Pero hay otra tragedia mas admirable, mas portentosa todavia, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso titulo, sin duda porque no es una tragedia especial, sino mas bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo: el escenario es el mundo, y

al prodijioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las jentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas que me atreveria á intintularla *Edipo Pueblo*.

Edipo adivinó los enigmas de la esfinge, y es reputado por el mas sabio y el mas prudente de los hombres: el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las jentes: es decir, la unidad de Dios y la unidad del jenero humano, y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre sus competidores, y le asientan en el trono de Tébas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promision, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses por la voz de los oráculos délficos habian anunciado á Edipo entre otras cosas nefandas, que seria el matador de su padre: Jehová por la voz de los oráculos bíblicos habia anunciado á los judios que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá: aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores; unos mismos son los oráculos y una misma la catástrofe: ahora vereis como una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba muy lejos de alli, y el que murió á sus manos era desconocido y extranjero. Los judios saben

que mataron al hombre de Nazareth: saben que le pusieron en una cruz en el monte Calvario, y que le pusieron entre dos ladrones para mas escarnecerle; pero su conciencia está tranquila: su Dios habia de venir, pero aun estaba lejos: su Dios habia de ser conquistador y rey, y habia de ruir como el leon de Judá, mientras que el hombre de la cruz habia nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no habia encontrado una piedra en donde reclinar su frente. “Si eres hijo de Dios, ¿porqué no bajas de la cruz?” dijo el pueblo judío. “Si el que murió á mis manos me habia dado el ser, ¿como al darle la muerte no saltó el corazon de mi pecho? ¿Como es que no me habló la voz de la sangre?” Esto dijo el rey parricida: y el pueblo matador de su Dios y el hombre matador de su Padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseidos de súbito de una curiosidad inmensa, sobre humana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: “¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? Quién soy yo?” El pueblo judío pregunta á Jesus: “¿Quién eres? ¿Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rey?” El drama aquí comienza á ser terribilísimo: no hay pecho que no sienta una opresion dolorosa, inesplicable, increíble, ni frente que no esté bañada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

Entre tanto la cólera de los dioses cae sobre Tébas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia,

los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolacion y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalem, la mistica, la gloriosa, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mujeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita que lleva al Calvario al justo. “Una jeneracion no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sion, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las jentes: ya, ya asoman por esos repechos las romanas lejonas: ya cruzan los aires trayendo el rayo de Dios las aguilas capitolinas: ¡ Jerusalem! ¡ Jerusalem! ¡ Ay de tus hijos! porque tienen hambre y no encuentran pan; tienen sed y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios y están sin Dios y sin templo; quieren vivir y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves.”

Edipo sale de su alcázar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra: lanza sobre él anticipadamente la escomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razón y ardiendo en la fragua de sus furiosos esclama diciendo: *Que la sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡ Desventurado pueblo! ¡ Desventu-

rado rey ! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y despues cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promision, y el parricida huyó del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas: el pueblo judío camina sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamas de pueblo en pueblo, de rejion en rejion, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talion á la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dadó. Dió bofetadas á su Dios, y há ya diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo: escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro: despojó á su Dios, de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros y le arrojan desnudo al otro lado de los mares: dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas: crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacobo, al mismo tiempo que justiciero, es clemente. Miéntas que los Dioses ningun otro consuelo dejaron á Edipo sino Antígona, el Dios que murió en la cruz en prenda de su misericordia dejò á sus matadores la esperanza,

Entre la tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin titulo, cuya maravillosa grandeza acabo de esponer á vuestros ojos con toda su terrible majestd, hay la misma distan-

cia que entre los dioses jentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos: la misma que entre la fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo que ha sido el mas libre de todos los pueblos y el mas grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me había propuesto presentar ántes vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza está en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios, en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontráis grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra induljencia, señores, que nunca ha sido negada á los que como yo la imploran, y á los que como yo la necesitan.

Se Dicho

